

cie de parpadeo tremendo de relámpagos que tienen las noches de México: por la lucha contra el indio, que no deja a los conquistadores colgar las armas para dibujar una «pavana» sobre los salones... Por fin, la República, la creación de las instituciones, serena, lenta... Algunas presidencias incoloras, que sólo afianzan, la obra de las presidencias heroicas y ardientes. Se destacan de tarde en tarde, los creadores apasionados: O'Higgins, Portales, Bilbao, Balmaceda:

El mínimo de revoluciones que es posible en nuestra América convulsa; dos guerras en las cuales la raza tiene algo del David pastor, que se hace guerrero y salva a su pueblo.

Ahora, en la cuenca de montañas, que se ha creído demasiado cerrada a la vida universal, repercute, sin embargo, la hora fragorosa del mundo. El pueblo tiene en su cuello de león en reposo un jadeo ardiente. Pero su paso por la vida republicana tendrá siempre lo leonino: cierta severidad de fuerza que se conoce y que por conocerse no se exagera.

La raza existe, es decir, hay diferenciación viril, una originalidad que es forma de nobleza. El indio llegará a ser un poco más exótico por lo escaso; el mestizaje cubre el territorio y no tiene la debilidad que algunos anotan en las razas que no son puras.

No sentimos el desamor, ni siquiera el recelo, de las gentes de Europa, del blanco que será siempre el *civilizador*, el que ordenando las energías hace los organismos colectivos. El alemán ha hecho y sigue haciendo las ciudades del sur, codo a codo con el chileno, al cual va comunicando su seguro sentido organizador. El yugoslavo y el inglés hacen en Magallanes y en Antofagasta otro tanto. Alabado sea el espíritu nacional que los deja cooperar en nuestra faena sagrada de cuajar las vértebras eternas de una patria, sin odio, con una hidalga comprensión de lo que Europa nos manda en ellos.

Una raza refinada no somos: lo son las viejas y ricas. Tenemos algo de la Suiza primitiva, cuya austeridad baja a la índole de las gentes desde las montañas tercas; pero en nuestro oído suena, y empieza a enardecernos, la invitación griega del mar.

La pobreza debe hacernos sobrios, sin sugerirnos jamás la entrega a los países poderosos, que corrompen con la generosidad insinuante. El gesto de Caupolicán, implacable sobre el leño que le abre las entrañas, está tatuado en nuestras entrañas.

GABRIELA MISTRAL

México, agosto de 1923.

(Revista de Revistas, México, D. F.)

PROBLEMAS SOCIALES

La igualdad ante la muerte

«Pallida mors aequo pulsat pede»... recitábamos de muchachos en el colegio, sobre el libro de las Odas de Horacio. «La pálida muerte pisa con pie igual, indiferente, las chozas de los pobres y las torres de los regios alcázares»... «Pauperum tabernas, regumque tures»... Durante siglos, generaciones y generaciones de estudiantes, forzados amigos de las letras clásicas, han venido repitiendo la vieja sentencia del poeta romano. Dura máxima, pero máxima consoladora, en el fondo, ésta de la igualdad ante la muerte. La siniestra guadaña siega lo mismo las yerbas humildes que las altas espigas. La muerte no conoce clases ni títulos, jerarquías ni fortunas.

Tradicionalmente, se ha visto en esa igualdad ante la muerte una compensación reparadora de las crueles desigualdades de la vida. Al traspasar el tenebroso dintel, caen abrazados, sujetos a la misma suerte, el señor y el esclavo, el opulento y el pordiosero, el verdugo y la víctima.

... Que a Papas y Emperadores
y Perlados
así los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

Esa equidad de trato en el seno de la tierra, madre común, parecía el desquite de los desheredados del mundo. A la hora última, todos iguales. En la Edad Media, los siervos podían erguir la cabeza al pasar junto al cementerio en cuyos muros, pintados al fresco, veíanse acaso, como victorias de la muerte, esqueletos y repugnantes cadáveres de príncipes y grandes señores. Los versos de la «Danza de la Muerte» eran el canto de rebeldía de los miserables. Desde el mismo monarca—«Dexad la corona y venid a danzar con mi persona...»—, todos entraban al baile macabro. Todos, el magnate orgulloso, el rico avariento, la hermosa cortesana, el abad hipócrita, avanzaban gimiendo y temblando, cogidos por la mano huesuda de la dama descarnada. Sólo danzaba de buen grado, con risa irónica, en la hora de la postrera revancha, el viejo mendigo, que ya nada tenía que perder e iba a ganar el eterno reposo.

Pero ni siquiera esta última igualdad bajo la losa existe realmente en la sociedad humana. Las modernas estadísticas vienen a desmentir la poética sentencia del vate latino. Ciertamente que la muerte, implacable, pone, al cabo, su óseo calcañar sobre los alcázares como sobre las cabañas. Pero no

es verdad que los pise con pie igualitario, indistintamente. La muerte tiene preferencias. «La muerte entra con más frecuencia en la choza del pobre que en el palacio del rico», afirma, al divulgar recientes estadísticas, la Federación Sindical Internacional.

Esta gran Federación obrera, la más importante del mundo, ha hecho circular desde su oficina de Amsterdam—entre otras notas interesantes—un breve estudio comparativo de la mortalidad en las varias clases sociales y las distintas posiciones económicas. La diferencia de clase resulta una diferencia ante la muerte. «No tienen aquéllas el mismo derecho a la salud y a la vida». En la lucha social, «la misma muerte toma su partido».

He ahí una realidad conocida, notoria, evidente; pero dolorosísima. Por cada diez mil personas de la respectiva clase, mueren prematuramente entre los veinte y los veinticinco años **121** ricos, **142** empleados, clase media, y **148** obreros. Observemos, por nuestra parte, que la clase obrera y la media pagan casi el mismo tributo de vidas en flor, entregadas a la fatal guadaña. A un lado están, pues, hasta cierto punto, las profesiones liberales o el proletariado; los trabajadores todos; al otro, los privilegiados verdaderos, los favoritos de la áurea divinidad.

Atendiendo sólo a la fortuna y el patrimonio, y dividiendo a los hombres en tres grupos, halló el doctor Janssens, inspector sanitario de Bruselas, que, entre veinte y cincuenta años, fallecía en el grupo de los ricos el **19** por 100; en el de las personas acomodadas, el **34**, y en el de los pobres, el **47** por 100. En París, según los datos del «Quotidien», que reproduce también en su artículo la Federación Sindical, se confirma el mismo fenómeno. Las estadísticas prueban que en la capital francesa el tanto por ciento de defunciones es doble y aun triple en los míseros barrios de Belleville y la Salpêtrière que en los distritos aristocráticos de la Porte Dauphine y los Campos Elíseos... La muerte acaba por entrar en todas las moradas; pero allana brutalmente las de los menesterosos, y suele rondar más tiempo, respetuosa, ante las verjas doradas de los magníficos hoteles.

Mucho hay que hacer todavía en el mundo para realizar, no el sueño mezquino de una igualdad absoluta, sino el ideal legítimo, posible, deseable, de que toda vida humana esté garantiza-